

EB

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 466

25 CTS.



**El
Lobo**

POR
Carmen Rico
y
Pablo Zapico

FilmoTeca
de Catalunya



LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN:

Francisco-Mario Bistagne

Pasaje de la Paz, 10 bis

TELÉFONO 18551

Año IX

BARCELONA

N.º 466



El Lobo (1928)

Adaptación cinematográfica del vigoroso
drama del insigne dramaturgo

Joaquín Dicenta (Hijo) - Director

Intérpretes:

Carmen Rico, Pablo Zapico, etc.



Para Cataluña, Aragón y Baleares

Viuda de E. FIUS

Rambla de Cataluña, 44

Barcelona

Con esta novela se regala la postal fotografía de
JEAN ARTHUR

El Lobo

Argumento de la película

El inmenso edificio del presidio despertaba al toque de diana. Centenares de penados, vistiendo el mismo burdo uniforme, arreglaban los camastros e iban luego a tomar el sobrio desayuno.

Aquel era día de trajín. Don José el nuevo director revistaría por primera vez a los presidiarios y era preciso dar en todo una extremada sensación de orden.

El director era un hombre amante de la más férrea disciplina.

Mediada la mañana les pasó revista, deteniéndose ante aquellos rostros, donde se veían retratadas las huellas de todas las infamias.

—¿Quiénes son los guapos del penal?— preguntó a un celador.

—Este es un buen ejemplar—contestó indi-

cándole a “El Sevillano”, un cadena perpetua sobre cuya conciencia había varios asesinatos.

—Pues cuidado con lo que se hace, porque sino...

—Y aquí tiene usted otro. “El Pajarito”, un cruel ladrón de la Corte. Y este otro, es el conocido por “El Lobo”.

Fijóse el director en aquellos dos hombres, de una manera especial en “El Lobo”, hombre viejo y de facciones brutales cuyos brillantes ojos le contemplaban con sorda rabia.

—¿“El Lobo”?... Ya he oído cosas de él—dijo.

—Es un famoso bandido... y orgullosamente, pretende ser el amo del penal—advirtió un celador.

—¿El amo? Aquí no hay más amo que yo, ¿entiendes?—dijo don José, sosteniendo la mirada retadora de “El Lobo”.

—Sí, señor—dijo el aludido—. Soy perro que muerde si le pisan... Lobo que sabe defenderse a dentelladas...

—Conmigo nada te ha de valer.

Y volviéndole despectivamente la cabeza prosiguió revistando a toda aquella sociedad, apartada del resto del mundo.

Terminada la formación, sintió el director el anhelo de conocer detalles de la vida de “El Lobo”, del que se contaban hazañas crueles. Y acercándose a él, le dijo dando a su voz unas inflexiones menos severas que antes:

—De fiera parecen tus hazañas.

—Así me hicieron los hombres... y así soy...

—¿No te enseñaron tus padres a cultivar el bien?

—No conocí a los míos... Sólo recuerdo que... Mire, señor director, si usted me lo permite voy a contarle mi historia.

—Habla.

Y el penado comenzó a contar su vida interesante, con la misma tranquilidad que si hubiera explicado una novela.

* * *

De eso hacía muchos años. Una caravana de gitanos había robado un niño de corta edad.

Los periódicos daban cuenta de la desaparición del pequeñín. La tribu errabunda leyó un día en un diario la noticia de que la guardia civil buscaba a los secuestradores.

—Debemos deshacernos de él antes de que nos encuentren.

Y cierta noche abandonaron al nene en un pajar, a muchos kilómetros de distancia del sitio donde lo habían robado.

Al alba, el pequeño despertó y comenzó a dar tristes gritos en demanda de auxilio.

Un rabadán que pasaba por aquellos contornos recogió al pequeñín y compadeciéndose de su abandono y de su soledad, le llevó a las cumbres donde pastoreaba el hato de ganado y ladraban los enormes mastines guardianes.

Comunicó a los pastores su hallazgo y les dijo:

—Debe ser algún chico del pueblo.

Antón, uno de los pastores, contempló al ni-

ño con feroz antipatía. Hombre brutal no gustaba de la compañía de los infantes.

Interrogaron al pequeño, pero el nene no supo dar razón de sus señas, ni del pueblo donde vivía.

Después de haber dado los gañanes fin a su comida, Antón dirigióse al pueblo para comunicar la aparición del niño.

Habló con el señor Damián, el alcalde, y nadie le supo dar razón de aquella criatura. En el pueblo no faltaba chiquillo alguno; acaso el pequeño pertenecería a alguna otra villa...

Iba Antón a marchar cuando vio aparecer en el patio de la casa del alcalde, a Andrés, el hijo de don Damián, un chiquillo que se criaba para amo y era ya de un orgullo insolente.

Antón quiso acariciar el caballo que montaba el muchachito, pero éste, al ver al pastor, levantó el látigo que llevaba en la mano y le cruzó con él el rostro.

—No toques mi caballo—dijo.

Engarfió Antón las manos con ánimo de ahogar al insolente muchachuelo que tal ofensa le infería, pero le detuvo la presencia del señor Damián y de otras personas.

¡Criatura orgullosa, mal criada!... Hizo un gesto terrible y juró que algún día habría de vengarse del golpe que Andrés le acababa de dar.

Regresó a la montaña.

—¿Y qué?—preguntóle el rabadán.

—No dan razón. Nadie sabe de él.

—No vamos a abandonarle en mitad del campo. A lo mejor se trata de un niño huérfano a

quien voluntariamente han abandonado sus padres. Será uno más entre nosotros. A nuestro cuidado queda.

—No soy de tu opinión. Yo lo llevaría a un asilo—protestó Antón.

—No... El niño se quedará aquí.

Y a pesar de la protesta del pastor, prevaleció la opinión del rabadán, y el nene fué uno más en la montaña.

Pero Antón, muchacho brutal de veintitantos años, lo odió con toda su alma, con un odio absurdo, sin fundamento.

Y siempre, sintiendo repulsión por él, le trató con dureza, y hasta alguna que otra vez, cuando el rabadán estaba lejos, le hizo víctima de sus golpes.

* * *

Habían pasado quince años.

El pequeñín se había convertido en un joven apuesto. Era un alma de niño en un cuerpo de Hércules.

No conservaba de sus primeros años infantiles el menor recuerdo e ignoraba quiénes eran sus padres y dónde había nacido. Pero se había acostumbrado a considerar como su propia familia a los pastores, de un modo singular, al mayoral.

En la montaña era conocido por "El Lobo" desde cierta vez que a dentelladas mató a uno, salvando con ello la vida a un pobre corderito que estaba ya casi a merced de las garras de la fiera.

El rabadán, emocionado al verle llegar con el lobo muerto sobre los hombros, le dijo:

—¡Has hecho una gran acción! Nuestra Señora de las Cumbres te lo pagará.

—¿La Virgen de las Cumbres? ¿Dónde está?

—Ella se aparece a los buenos pastores... Algún día se te aparecerá también...

—¡Debe ser muy hermosa esta Virgen!

Cerca de la sierra donde tenían su hato de ganado, se levantaba un molino.

El molinero era un hombre ya viejo, con una hija, Malvarrosa, la muchacha más bonita del contorno, la flor más graciosa de toda la serranía.

Un día, "El Lobo" al pasar por cerca de la presa del molino, vió a Malvarrosa que aparecía entre frondas.

En su rústica ingenuidad murmuró extasiado con dulce adoración:

—¡Oh, la Virgen de las Cumbres!

La chiquilla, al verle, se echó a reír y desapareció en la espesura, dejando a "El Lobo" en el éxtasis delicioso de un ensueño.

La presencia de Antón le hizo salir de su ensimismamiento. Contó al pastor aquella aparición que creía era la Virgen de las Cumbres.

—¡No seas imbécil! Era la Malvarrosa, la hija de Juan, el molinero, que corría por huir de ti.

—¿Estás seguro?

—La he visto hace poco... de modo que... Pero te aconsejo que no la vuelvas a ver...

Y mirándole con cierto desdén, le dejó para dirigirse al molino, mientras "El Lobo" prose-

guía su camino por la sierra, creyendo ver aparecer otra vez a aquella virgencita de la montaña.

Antón requebraba de amores a la hija del molinero. Y Malvarrosa que odiaba al pastor, se había quejado varias veces a su padre de la persecución de que la hacía víctima aquel hombre.

Cuando Antón llegó aquella tarde al molino, el viejo Juan le recriminó duramente por su conducta.

—...y si no dejas en paz a mi hija, vas a acordarte de mí.

—¿Amenazas, viejo chocho?

Iban a arrojarse uno contra otro cuando la presencia de un elegante joven, montado a caballo, les contuvo.

—Calla... ahí está el amo... el señorito Andrés...—dijo el molinero.

Antón alejóse bruscamente no sin contemplar con feroz odio a aquel muchacho que por haber muerto ya su padre, era el dueño y señor de numerosas haciendas.

Recordó instantáneamente el pastor aquel latigazo que le diera Andrés muchos años antes.

¡Ah, no lo había olvidado todavía!... Si llegaba la ocasión sabría contestar al golpe con el golpe.

Refunfuñando fué a ocultarse entre unos riscos para espiar lo que ocurría en el molino.

Andrés saludó sonriente al molinero. Después contempló a Malvarrosa, la hermosa mujer que a pocos pasos de allí sonreía tímidamente al amo.

—¿Es tu hija?

—Sí, señorito Andrés.

—Hermosa flor te nació en el molino.

Y sonrió alegremente a la muchacha que río a su vez.

El molinero rogó al amo le sacase del molino.

—Voy ya para viejo y eso me fatiga demasiado.

—Veremos lo que se hace contigo...

Permaneció aún largo rato con ellos, en conversación especial con Malvarrosa que le pareció una mujer llena de ambición, deseosa de ser algo, flor bien dispuesta para brindar su perfume.

Andrés era de los hombres que no pierden el tiempo. Le gustó Malvarrosa, anheló fuertemente besar aquellos labios que tendrían el fragor inolvidable de la sierra, y se propuso conseguirlo.

Antón, loco de celos, volvió a las cumbres, dándose cuenta de que el señorito Andrés requebraba a Malvarrosa... ¡Ah, pues que se fuese con cuidado... porque allí estaba él para evitar que una vez más las hijas de la sierra fueran ludibrio de los señores!

* * *

“El Lobo” realizaba frecuentes visitas al molino, pues en su alma rústica de niño grande, vibraba intensamente el amor por aquella dulce y adorable criatura.

Siempre le llevaba regalos, manojos de flores, hasta algún corderillo... Y ella se reía ante las atenciones del que no consideraba más que como un fraternal camarada.

Antón se había enterado de las entrevistas de "El Lobo" con la adorable moza... Le odiaba por ello; hubiera deseado matarle... Y un día le echó en cara las frecuentes ausencias de la sierra para ir a ver a la molinera.

—¡Vago... más que vago!... Vives de caridad... y comes un pan que no sabes ganarlo...

—¿De caridad yo? Con mi sudor me gano el gazpacho... mejor que tú...

—¡Pillo!... ¿Conmigo te atreves?

Echóle una vasija de agua, mojándole todo el rostro.

Enardecido por la ofensa, "El Lobo" dió un paso atrás, sacó de la faja un cuchillo y se lo hubiera clavado a Antón de no aparecer el rabadán y otros pastores quienes le desarmaron.

—¡Tengamos paz!... Nosotros formamos una gran familia y yo no admito que nadie se peleé.

A instancias del rabadán, se reconciliaron; de una manera franca y sin rencor "El Lobo", con el disimulo de unos torpes celos aquel Antón cuya vida sólo tenía un culto: odiar.

Días después, el molinero Juan llegóse al pueblo y fué a la lujosa residencia donde vivía el señorito Andrés.

—Te saco de la sierra. Te nombro capataz de una mina a veinte leguas de aquí. Una ocupación buena... Y si quieres, tu hija puede quedar a mi servicio como criada.

—¡Gracias... gracias, señorito!... Lo acepto todo.

Entretanto, "El Lobo" iba a ver de nuevo a su virgencita de las Cumbres.

Paseando los dos por las amplias veredas, el

muchacho con frase tosca, le declaró su amor.

—Si tú quisieras, Malvarrosa... podríamos casarnos.

Pero ella, que ambicionaba otra cosa, se echó a reír.

—¿Casarme yo contigo? No, hijo... Aspiro a ser algo más que la mujer de un devorador de lobos.

Y humillándole, haciéndole un daño terrible con la espina de su desprecio, volvió al molino, mientras "El Lobo" regresaba, entristecido, a la montaña.

Mantuvo su pena en secreto, pero días después, con un ansia loca de volver a ver a Malvarrosa, volvió al molino, encontrándolo cerrado.

En vano llamó, preguntándose qué habría podido pasar... Antón, a quien encontró por las cercanías, le informó de lo que había ocurrido.

—El molinero está de capataz en una mina... Y Malvarrosa se ha ido a vivir con el amo, que le gusta más que tú...

—Pero...

—Sí, no podrá ser tuya ni mía... ni de ningún pobre... Malvarrosa es un plato para los ricos y los cínicos como Andrés.

En aquel momento unió a los dos hombres la comunidad del odio. Callaron y regresaron a la montaña, saboreando cada cual el deseo de castigar al vencedor,

En pocos meses, Malvarrosa se convirtió de criada en casi la dueña de la casa.

Andrés había conseguido lo que quería de

ella, pudiendo saborear las primicias de aquel amor de mujer.

En apariencia era Malvarrosa la criada, pero en realidad su papel era muy distinto.

Enterada de aquel secreto que unía al amo y Malvarrosa, Bonifacia, una vieja que hasta entonces había sido el ama de llaves, parecía transigir con la muchacha pero en el fondo la odiaba con todo su corazón.

“El Lobo” no se resignaba a dejar de ver a la que tan fuertemente había entrado en su alma, y cierta vez se dirigió al pueblo con el único deseo de poder contemplar a Malvarrosa.

No había vuelto a insistir en su pretensión cerca de la joven y se contentaba con poder contemplarla.

Ella, al parecer, había olvidado también la declaración amorosa y le volvía a tratar con una estimación fraternal.

“El Lobo” con el pretexto de comprar provisiones para los pastores, bajaba con frecuencia al pueblo y no dejaba de ir a hacer una visita a Malvarrosa.

Pero cierto día encontró a Malvarrosa de pa-lisque con el amo, vió que éste le regalaba unos hermosos pendientes y luego la enlazaba por el talle y hundía sus boca en sus labios.

¡Ah, tremendo dolor! Bien se daba ahora cuenta de la clase de relaciones que existían entre el señorito y la criada.

Y con inmenso dolor en el corazón regresó a la sierra, pensando que ya jamás volvería a arrancarse del alma aquella herida envenenada que iba ensanchándose cada vez más.

* * *

Al cabo de algunos meses, el rabadán, que estaba enterado del hondo sufrimiento que invadía a “El Lobo”, le explicó el amargo desenlace de aquellos amores entre Malvarrosa y el señorito Andrés.

—No debían durar... era imposible.

El señorito Andrés se había cansado de Malvarrosa y ya no le demostraba el cariño de otras veces. La causa del desvío era que Andrés estaba en relaciones formales con una hermosa señorita, hija de un título nobiliario.

Bonifacia, que odiaba a Malvarrosa, dió cuenta a ésta de la traición de su amante... Malvarrosa no quiso creerlo, y Bonifacia hizo seguir un día a Andrés por su hijo, un rapaz de tan malos instintos como la madre.

Volvió al cabo de unas horas el chicuelo dando cuenta que el señorito Andrés había ido a una lujosa casa de una villa cercana y que él lo había visto besarse con una chiquilla más hermosa que el sol.

Un cruel dolor invadió a Malvarrosa... ¡Y aquel miserable la había engañado!

¡Qué infamia! Y cuando aquella noche regresó Andrés, ella, llevando oculto un cuchillo, fué al encuentro de su amante.

—¿De dónde vienes?—le dijo.

—De trabajar... Hay que procurar la venta de las cosechas.

—¡No mientas! Lo sé todo... Tú tienes una novia... y a mí me dejas. Pero no será.

Esgrimió el cuchillo, quiso clavárselo en el corazón del traidor.

Los dos cayeron al suelo en la feroz pelea.

En la contienda, Malvarrosa se produjo una herida en la mano y al querer arrebatársela Andrés el cuchillo, ella se causó también involuntariamente una herida cerca de la sien.

Aquella misma noche, Malvarrosa abandonó la casa maldiciendo la hora en que conoció al señorito... ¡Ojalá llegase un día en que pudiera vengarse!

El rabadán acabó su relación. El odio crispaba los puños de "El Lobo", con odio brutal contra Andrés, el que le había arrebatado la mujer adorada.

—¡Ah!—murmuró amenazando la tierra de allá abajo donde se había cometido aquella infamia—. ¡Los perros del llano son peores que los lobos de la sierra!

—Procura olvidar a esa mujer... No te conviene... Busca una zagala con la que puedas ser feliz—le dijo el rabadán.

Pero él se cubrió las manos y dijo que no, que no, que no, que nunca olvidaría...

Y pasaron ocho meses... Nada se sabía de Malvarrosa en aquellos contornos...

El señorito Andrés estaba a punto de casarse con la condesita. ¿Qué le importaba haber destrozado antes un corazón de mujer?

Un día, "El Lobo" bajó al llano y fué a ver a doña Bonifacia. Esta le explicó que Malvarrosa se hallaba en Madrid.

—Está de artista en un cabaret que le llaman el de Terpsícore. Gana mucho dinero...

Una rabia sorda invadió a "El Lobo"... En su cerebro se clavó una idea.

¡Ir a ver a Malvarrosa! Tenía ahorrados y ocultos hajo unas piedras del monte, cuarenta duros y seis reales. Pues bien, con ello, le sobraba para ir a la capital.

Y a Madrid marchó, dispuesto a ver a Malvarrosa y solicitar de nuevo, con angustia, su amor.

Fué al cabaret Terpsícore, y el portero impidióle la entrada. Pero "El Lobo" dando grandes voces de que quería ver a Malvarrosa, se peleó con él y con otros empleados que en vano quisieron alejarle.

Varios señoritos que buscaban en el cabaret los paraísos de la juerga se acercaron a aquel rústico montaraz. Deseosos de divertirse a costas del gañán intercedieron para que le dejasen entrar.

Le llevaron a un palco del piso principal donde le dieron a beber champaña, rodeándole hombres y mujeres haciéndole objeto de toda clase de burlas.

Pero "El Lobo" no les hacía caso, preocupado solamente con una idea: Malvarrosa. Y de pronto, vió entre las parejas que bailaban en la platea a la adorada mujer... Saltó la barandilla cayendo ante la joven en una actitud de hostilidad.

Malvarrosa dió un grito al verle y retrocedió espantada.

Muchos concurrentes se lanzaron contra "El Lobo" temiendo alguna agresión por parte de ese bruto, pero Malvarrosa, que se había convertido

en una de esas mujeres pintadas de los cabarets, rogó que le dejaran libre...

Malvarrosa, tristemente, invitó a aquel hombre que le recordaba su tragedia, a pasar a un reservado.

Ya en él, la antigua molinera le preguntó:

—¿A qué has venido?

—¿No lo adivinas? Porque te quiero... porque no puedo vivir sin ti—dijo “El Lobo” cayendo de rodillas—. Toma, toma...

Y vació la bolsa en la que había sus últimos ahorros.

Ella se echó a reír y rechazó el dinero.

—¡Quédate eso! Mi cariño tiene un precio más alto. Mira. ¿Ves esta cicatriz?

Y le señaló la que diestramente ocultaban unos rizos.

—Pues me la hizo un mal hombre. Andrés. Cuando me hayas vengado, vuelve por el premio.

Levantóse el gañán y dijo temblando:

—¡Te lo prometo, Malvarrosa!

Y escapó como un loco para dirigirse de nuevo a la estación y marchar a la serranía.

* * *

Antón, el malvado pastor, fué llenando el alma de “El Lobo” de nuevos y terribles propósitos de venganza.

—Sería fácil desprenderte de Andrés—le decía señalándole un enorme abismo—. El hombre que se despeña por esa sima no vuelve a aparecer nunca... Si tú quisieras, “Lobo”... Tengo unas hierbas que mezclándolas con vino ha-

cen dormir... Podrías darle a beber a Andrés de ese brebaje, el día que él suba por estos caminos... Una vez dormido, le echas al abismo y tiras también al caballo... Nadie sabrá más de ellos... todos creerán que ha ocurrido un accidente. Anímate, “Lobo”...

Tanto le repitió aquella idea, con tanta energía se la clavó en el corazón, que “El Lobo” acabó por acceder, prometiéndose sabrosa venganza.

Y llegó la ocasión un día en que vino de caza el señorito Andrés, quien pasó la noche en la serranía.

—Este es el momento... Coge el caballo y échalo al abismo... y luego haces lo mismo con el amo—le decía Antón con ferocidad, deseando vengarse de Andrés.

—¡Sea! ¡Así se vengan los hombres!—rugió acuciado por los más feroces celos.

Acercóse al señorito y le ofreció el brebaje que Antón le había proporcionado momentos antes, y que pronto hizo su efecto, pues Andrés, a poco de tomarlo, se durmió rápidamente como un tronco.

Sigilosamente, envuelto en el silencio de la noche, sin que nadie más que Antón le viera, pues los otros pastores dormían bien confiados, tiró “El Lobo” del caballo que montaba el señorito Andrés y lo acompañó hacia la lóbrega sima.

—¡Bien... magnífico!—le dijo el miserable Antón—. Ahora haz lo mismo con el amo.

Pero en aquel instante “El Lobo” sintió horror del acto que iba a cometer.

Reaccionó el temperamento bondadoso que había en él y protestó:

—¡No... no puedo!... ¡Malhaya la hora en que pensé cometer un crimen!... No puedo... Mis manos no quieren mancharse de sangre.

Y corrió a ocultarse en su cabaña, furioso contra sí mismo por no tener valor para realizar aquella valentía.

Antón le vió partir y sonrió terriblemente... Era preciso castigar a Andrés... Y ya que "El Lobo" no se atrevía, él iba a hacerlo, vengando así a los dos...

Sin que nadie le viese, entró en la choza donde dormía narcotizado el señorito Andrés y cogiéndolo como una cosa inerte, lo llevó al borde del abismo y allí lo echó en un impulso violento al terrible fondo del que jamás nadie había salido.

Iba a volver a su barraca cuando vió en el suelo un cuchillo que pertenecía a "El Lobo" y que a éste le había caído cuando tiró el caballo al precipicio.

Una sonrisa de crueldad se dibujó en sus labios. ¡Golpe doble! La venganza iba a ser sonada... No sólo perecería Andrés, sino que él iba a acusar a "El Lobo" de ser el asesino del señorito. Aquel cuchillo sería la mejor prueba. De esta manera el miserable pastor se vengaba de aquel hombre al que había odiado desde que le conoció.

Y así fué. Al día siguiente Antón corrió a comunicar a los guardias jurados que allá en el fondo de la sima se veía un hombre muerto. Era el señorito Andrés.

Mintiendo villanamente acusó a "El Lobo" de haber arrojado al precipicio aquella noche al señorito y al caballo... El cuchillo que encontraron al borde del abismo fué prueba abrumadora para el jayán.

Los guardias procedieron a detener a "El Lobo" que seguía en el hato, bien inocente de lo que se había tramado.

—¡El ha sido!... ¡Yo he visto como le arrojaba!—decía Antón.

—¡Mientes, canalla, mientes!—rugió "El Lobo" en el colmo de la sorpresa y la indignación.

En un violento esfuerzo consiguió deshacerse de los guardias y apoderándose del fusil de uno de ellos, les amenazó implacable.

—¡No me detendréis!... Soy inocente... inocente...

Uno de los guardias avanzó contra él, pero "El Lobo" disparó y le dió muerte. Y siempre con aquella arma salvadora en los brazos, escapó lejos, muy lejos, a ser lo que los hombres querían que fuese: un malvado, un criminal puesto al margen de la ley.

* * *

Pasaron algunos años. "El Lobo" se había convertido en un terrible bandido, el terror de la región, hombre cruel que robaba cortijos y mataba al que se le ponía delante.

Ya no le importaba Malvarrosa. Sólo deseaba matar, robar, perseguir a la humanidad que tan duramente le trataba...

Un día, "El Lobo" se presentó en una casita

de la montaña donde vivía ahora Antón que se había casado y tenía una niña enferma.

La presencia del temible bandido horrorizó al antiguo pastor que tenía motivos para temerle.



... procedieron a detener a "El Lobo"...

—¡Por fin te encuentro!— le dijo "El Lobo".
Me pagarás tu infame traición.

—¡Por piedad!—suplicó el misero, temblando—. No me quites la vida... Mi mujer y mi hija quedarán sin amparo... Mi hija está enferma... No tengo recursos ni para buscar al médico.

Aquel corazón duro de piedra tenía, sin embargo, repliegues escondidos de bondad. Se con-

movió. Le dió lástima la nena doliente que se moría.

—Te perdono—dijo—. Te devuelvo bien por mal... Espera.

Salió y a poco volvió con el médico a quien había encontrado en mitad del camino y al que obligó por fuerza a visitar a la enfermita.

Y luego "El Lobo" regresó a la sierra, contento de su acción generosa, la única en muchos años...

Pero el cerco de la guardia civil era cada vez más terrible... Sus enemigos le acechaban, iban a buscarle en su propia madriguera.

Un día viéndose perseguido muy de cerca, corrió a acogerse en casa de Antón quien, demostrándole profunda gratitud, le amparó bajo sus muros...

Y allí pasó la noche y como estaba muy cansado durmió largas horas, creyéndose en lugar seguro...

Pero Antón había leído en un periódico que se concedía un premio de veinticinco mil pesetas a quien presentase vivo o muerto al terrible bandido y la idea de la ambición pudo más que el agradecimiento.

El miserable salió con todo sigilo de la casa, corriendo a avisar a los guardias jurados de que "El Lobo" estaba refugiado en su hacienda... Y cuando "El Lobo" despertó, encontróse con que ocho fusiles le apuntaban implacables.

Levantóse de un salto y vió a Antón que procuraba ocultarse.

—¡Traidor... perro!—rugió con viril indignación.

Rápido como una centella, dió un salto y escapó del grupo de sus perseguidores. Pero uno de ellos disparó contra él hiriéndole gravemente en el pecho. Así y todo, "El Lobo" pudo huir e internándose en unos zarzales desorientó por completo a los guardias.

Horas después arrastrándose con gran esfuerzo, el bandido volvió sigilosamente a la casa de Antón, se cercioró de que éste se hallaba dentro y rodeando el edificio de arbustos y ramas secas, prendió fuego y en pocos instantes las llamas lamían por los cuatro costados el vetusto caserón.

Antón encontró allí la muerte. Y "El Lobo", riendo a carcajadas, contento de haberse podido vengar, cayó desvanecido allí cerca donde más tarde le encontró la guardia civil, procediendo a su detención.

Después, el proceso, la sentencia, el presidio para toda la vida...

Esto fué lo que contó con frase severa y ardiente aquel presidiario al director del penal.

Don José suspiró; en el fondo de su alma compadecía al delincuente.

—Todo eso es terrible—le dijo—, pero no olvides que aquí no hay otro amo que yo.

* * *

Días después "El Sevillano", "El Pajarito" y "El Lobo" proyectaron fugarse del penal. El primero había conseguido una lima y había realizado ya el trabajo apropiado para huir.

En la cantina acordaron los tres penados el modo más oportuno para escapar, pero la con-

versación fué sorprendida por "Cantimplas", otro recluso que pasaba la vida espiando a sus compañeros.

Cuando conoció aquel propósito de fuga fué a comunicarlo al director que estaba hablando con su hijita Amparo, preciosa nena de ocho años, y con Metrio, un viejo penado que le servía de ordenanza.

El director agradeció la delación y la comunicó a los oficiales y celadores para que no perdiesen de vista a los tres peligrosos hombres.

Y aquella noche, "El Lobo" y sus dos compañeros escaparon, pero no habían andado muchos metros, fuera de presidio, cuando fueron rodeados por una nube de soldados que les exigieron la intimación.

Una blasfemia pasó por los labios de los penados que veían malograda su libertad cuando casi la habían alcanzado. Y miraron con odio feroz a sus carceleros y de un modo especial a "Cantimplas".

—¡Hay que castigarles!—rugió ferozmente el director—. Me los amarráis en blancas.

Ese castigo que en los penales sólo se practica muy de tarde en tarde consiste en tener a los reclusos con los pies encadenados durante una temporada.

"El Lobo" y los fugados fueron encerrados en una celda de castigos, a pan y agua, y bajo la pesada cadena.

Más de quince días permanecieron en tal situación y las maldiciones contra el director y "Cantimplas" salían continuamente de sus labios.

—¡Yo... que casi me consideraba el amo del penal, verme así! Pero, ¡por éstas! que ese director me las paga.

—Sé hombre y métele un cuchillo en el vientre—decía “El Sevillano”.

Dos semanas después les fué levantado el castigo...

El director ordenó que “Cantimplas” pasase de ordenanza a las oficinas de la dirección, pues de otra manera mal la hubiera pasado con los penados que lo consideraban traidor.

Durante varios días los tres compinches buscaron la ocasión propicia para vengarse de don José.

“El Lobo” se había apoderado en el taller de una aguja alpargatera con la que pensaba dar muerte al superior.

Y una tarde, mientras todos los presos se hallaban de recreo en el patio, apareció el director.

—Esta es la ocasión—le murmuró “Pajarito”.
—No la desaproveches.

“El Lobo” hizo un gesto de inteligencia y su mano apareció armada con la aguja al ver al director que ajeno a aquella agresión iba a pasar ante él.

Don José se entretuvo unos momentos hablando con unos celadores, y mientras tanto “El Lobo” aguardaba, inquieto, como la fiera que espera al mísero corderillo.

Su mano temblaba de odio al acariciar la aguja... Pero de pronto, una niña, la hija del director, que por descuido del ordenanza había

entrado en el patio, tocó uno de los brazos de “El Lobo” y le dijo dulcemente:

—¿Haces media, abuelito?

Quedó “El Lobo” petrificado, absorto, sintiendo algo extraño en su corazón al ver a aque-



—*Esta es la ocasión.*

lla criatura que le miraba a él... a él... ¡con amor!

—Sí... sí...—murmuró desconcertado.

—Mira, ¿no quieres hacerme una para mi muñeca? Si la haces te daré un beso.

—Un beso... ¿a mí?

—¡Tómalo!

Y el tierno ángel puso en el rostro de aquel bandido el más inocente y tierno de los besos.

¡Cuántas emociones, cuántas cosas pasaron

por el alma de "El Lobo"! Apareció el director quien apartó bruscamente a Aurorita del peñal entregándola a Metrio para que se la llevase de allí.

Pero la mano de "El Lobo" permaneció im-



Apareció el director.

pasible... No tuvo valor para clavar la aguja... Y el director escapó aquella vez de la muerte.

—¡Me ha besado... la niña me ha besado!... Es la primera vez que alguien me besa...—dijo a un camarada.

Y se acariciaba la huella sublime del inocente amor.

"El Sevillano" y "El Pajarito" fueron hacia él, furiosos:

—Has perdido la oportunidad... Eres un imbecil...

—No puedo... Me ha faltado... valor...

Y, melancólico, se separó de sus camaradas para seguir acariciándose el rostro.

* * *

Y desde aquel día cambió completamente la manera de ser de "El Lobo". Sus compañeros, "Sevillano" y "Pajarito", creyeron que chocheaba al ver que en ratos de asueto "El Lobo" confeccionaba prendas minúsculas para la muñeca de la hija del director.

Se enternecía "El Lobo" contemplando un pequeño zapatito, unas medias insignificantes. Aquel hombre a quien nadie le había dicho jamás una palabra de bondad, llevaba aún la perdurable emoción de aquel beso infantil.

Cierta noche oyó que "El Sevillano" planeaba con otros individuos del penal una fuga colectiva y el asesinato del director.

Todo su ser se estremeció... Ya no odiaba "El Lobo" al director desde que conoció a Aurorita. No podía odiarle... Y cuando "El Sevillano" y su cómplice le pidieron su colaboración para aquel plan nefasto, "El Lobo" se negó rotundamente y aun les aconsejó que desistieran.

—Sí... es mejor que te quedes, viejo chocho—rugió "El Sevillano"—. Ya no eres "El Lobo" de antes...

—Soy... lo que soy... pero quiero vivir en paz.

Y una noche, "El Sevillano" y su cuadrilla, que tenían armas que les habían proporcionado

desde el exterior, se levantaron para ir a agredir al director don José cuando éste entrase en su visita de inspección al dormitorio.

“El Lobo” vigilaba... No estaba dispuesto a que hicieran daño alguno al padre de Aurorita.

Los penados oyeron pasos... Era don José que subía a hacer la ronda nocturna. Se colocaron junto a la puerta, las manos armadas de cuchillos.

Pero en el momento en que entraba el director, “El Lobo” dió un salto y quitándole el puñal a uno de los reclusos, gritó, poniéndose junto a don José e impidiendo que le agrediesen:

—¡Atrás... atrás!... Todavía soy el rey.

Los revoltosos retrocedieron asombrados, y el director y los celadores aprovecharon aquel momento para apuntar con sus fusiles a la turba amotinada.

“El Sevillano” mirando brutalmente a “El Lobo”, rugió:

—Traidor... Ya no eres un “lobo”. Te han cambiado. Pues, toma...

Y le hundió el cuchillo en el vientre hasta la empuñadura. “El Lobo” hizo un gesto doloroso, terrible, sintió que se abrían sus entrañas. Pero luego mirando a “El Sevillano”, repuso:

—No, no me han cambiado... Soy un lobo... “El Lobo”... y muerdo...

Y clavó los dientes en el cuello hasta cortar de modo trágico y escalofriante la vena yugular.

“El Sevillano” cayó muerto a sus pies, mientras “El Lobo” se desplomaba también casi sin vida en brazos del director.

Don José y el recluso Metrio condujeron al pobre “Lobo” a una cercana habitación mientras los celadores desarmaban a los penados obligándoles a volver a sus puestos.

“El Lobo” se moría por instantes. Emocio-



—¡Atrás... atrás!... Todavía soy el rey.

nado, el director le estrechaba la mano y le decía:

—¡Me has salvado la vida, Lobo!... Eso nunca lo olvidaré...

—¡Oh!... Don José... me siento morir... y moriré contento—dijo—si permite que venga a verme su hija... su hijita... a darme un beso... Es por ella... es por ella... que yo soy otro hombre...

A una orden del director fué despertada la

pequeña Aurora quien vino a acariciar al viejo moribundo.

—¿Qué tienes, abuelito? ¿Te sientes mal?— dijo la niña al ver su palidez.

—No... no es nada... He hecho para tu mu-



... depositó el ósculo de su ternura.

ñeca unos zapatitos... unas medias... Aurorita... un beso... dame uno... el último... aquí... en la frente.

—¡Pobrecito!

La nena acercó sus labios a aquella frente y allí depositó el ósculo de su ternura.

El semblante del viejo bandido se transfiguró; todo él pareció iluminado de una manera extra-

ña... Y sonriendo dulcemente inclinó la cabeza...

Y así fué cómo acabó "El Lobo", el que un día creyó ser el rey del penal...

FIN

Ha sido revisado por la Censura

Formidable éxito de

La Novela EVA

Publicación semanal
de novelas modernas

Precio: 30 cts.

¡Novedad!

La Novela para Todos

Publicación semanal de novelas
para todos. Excelentes asuntos

Precio: 30 céntimos

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbará, 16; MADRID: Caños, 1

Tip. Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona

**Ediciones Especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica**

¡Lo mejor del cine!

Últimos éxitos:

El pagano de Tahití

Estrellas dichosas

La senda del 98

Espejismos

Evangelina

Orquídeas salvajes

El Caballero

Egoísmo

Acaba de aparecer:

La máscara del diablo

En preparación:

¡Acontecimiento!

El pan nuestro de cada día

por Charles Farrell y Mary Duncan

Precio: 1 peseta